

Un exceso que hay que pasar

DESDE que comenzó la presentación de documentos han sido legalizados más de ochenta partidos. Son muchos, evidentemente. La cifra es un poco escandalosa y no creemos que las democracias occidentales, a las que aspiramos a parecernos, consideren esta proliferación de partidos políticos como una manifestación de seriedad.

De todas maneras, aunque tampoco nos guste, no queremos caer en el pesimismo ingenuo o interesado. Comprendemos que ochenta grupos —que serán aún más—, a los que suponemos un programa mínimo y una democrática ambición de poder, son una exageración difícilmente digerible. Los ingenuos hablarán del individualismo del español, del rey que todos llevamos dentro, del empeñamiento en nuestras convicciones, mientras los interesados cargarán el acento en nuestra incapacidad para la democracia. Cuestión temperamental —dirán— totalmente insuperable, la causa de todos nuestros fracasos en los ensayos de convivencia democrática.

Repitiendo nuestra pesadumbre por esa tendencia a la atomización, nos negamos, sin embargo, a ser pesimistas. Todo lo que ocurre, incluso esta desorbitada aparición de partidos, es la lógica reacción a los muchos años sin política, que hace que a la ciudadanía, o por lo menos a los más sensibilizados por los problemas del país, les cueste hallar su natural encaje. Hay, todavía, grandes reservas mentales que fomentan las actitudes fundadoras, que son, en el fondo, insolidarias.

Creemos que es normal esta torrencial aparición en la política, que no la artificial creación de dos partidos turbulentos, como los que salieron del Pacto de El Pardo en 1876. Estas soluciones artificiales están condenadas al fracaso, a más largo o a más corto plazo. Si la Ley Electoral es inteligente y justa, será el propio electorado el que realizará la criba, eliminando todos aquellos grupos perturbadores por su ridícula insignificancia y alentando las fusiones por familias.

Llegar a pocos partidos, capaces por otra parte de coaliciones electorales y gubernamentales, es el ideal. Pero antes hay que pasar por el sarampión de la libertad, que no ofrece, de momento, ningún peligro. Todo eso es más bien una manifestación pintoresca.

Con «entusiasmo escéptico»

ENTRE otras afortunadas intervenciones de don Adolfo Suárez, que le han elevado espectacularmente a la categoría de estadista, recordamos, por su continuada vigencia, la recomendación que hiciera a todos sus conciudadanos de procurar desdramatizar la situación presente. Durante demasiado largo tiempo nos fueron acostumbrando a ver pintado todo lo nuestro de color de rosa y de negro todo lo ajeno. La TVE fue gran maestra en este arte del afeitado. La prensa, sobre todo desde que anduvo más suelta, restableció algo el equilibrio entre ficción y realidad. Pero aún así, por reacción, en cierta manera natural, a tantos años de triunfalismo, sigue en el ambiente una sensible inclinación al catastrofismo, alimentado estos últimos tiempos por todos aquellos que viviendo del puro privilegio se creen ahora en puertas de encontrárselo todo perdido.

Nos hallamos, es cierto, en un momento delicado de transición política, agravado por la circunstancia de una crisis económica internacional superable sólo a costa de muchos sacrificios; propicio todo ello a la confusión, al pesimismo y a una aventurada entrega a soluciones radicales. Ahora bien, por poco que nos atengamos a la realidad, tanto política como económicamente, hemos pasado por situaciones peores, con la única diferencia de que entonces había que soportarlas calladamente. Ni todo va muy bien como solía pintar el oficialismo de ayer, ni todo va tan mal como desearía el nuevo alarmismo. Y la perspectiva puede incluso ser brillante. Depende no tanto de lo que diga o consiga hacer Fulano o Mengano; depende, en este preciso momento, mucho más, por primera vez en muchos años de historia, de todos nosotros; del esfuerzo colectivo y del empeño que pongamos en la consolidación de nuestra sociedad.

Ante todo, conviene desdramatizar, en efecto, para así poder entregarse mejor a la tarea común con entusiasmo, con «entusiasmo escéptico» si se prefiere según la fórmula realista encontrada por Julián Marías, más adecuada a todo quehacer hispánico.

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

En la eterna navegación

El sueño de una noche de verano

La historia no está reñida con la fantasía, y la fantasía por su parte puede ayudarnos a entender la historia. Tal parece la base de este artículo del gran historiador don Claudio Sánchez Albornoz, enviada desde el Buenos Aires de su fecundo y polémico destierro.

A CABABA de releer el comienzo del precioso libro de Asensio: *La España imaginada de Américo Castro*, obra en que deshace una a una todas las fantasías formuladas sobre la historia literaria peninsular por el ensayista que combate y también por sus entusiastas seguidores. Asensio contrapone en esas páginas iniciales la teoría admitida por todos los historiadores españoles y no españoles hasta 1948 en que apareció *España en su historia* y en ella planteó Castro su disidencia. Todos habíamos juzgado el reinado de los Reyes Católicos jalón decisivo en la curva ascendente de la vida histórica de nuestra patria. Castro disiente. Para él, España se había formado de la simbiosis de las tres castas que habían convivido en la península durante la Edad Media. La política de los Reyes Católicos habría puesto fin a esa magnífico ensamblaje provocando la crisis más aguda de nuestro pasado y hundiéndonos en horas tristes aún no superadas.

Hacia calor, era difícil respirar en la atmósfera húmeda y agobiante de una estival noche porteña. Con mucho trabajo logré atrapar el sueño. Pero estaba impresionado por la dicotomía histórica que Asensio planteaba comparando la teoría hasta ayer generalizada con la heterodoxa de Américo Castro. Y a poco de comenzar mi nocturno desasimiento de los problemas que me asaltan durante la vigilia, me asaltó una ingrata pesadilla.

Las fantasías históricas de Castro suscitaron las mías nocturnas. Soñé una historia moderna de España al hilo de las dramáticas conclusiones castroistas. Soñé que nuestros siglos XV y XVI habían transcurrido como Américo habría deseado que hubiesen sido, para gloria de la España tripartida entre cristianos, moros y judíos.

En mi pesadilla de la húmeda y caliente noche bonaerense, la historia de España era así: En 1391 no habían tenido lugar las matanzas de judíos que determinaron la conversión en masa de muchos miles de ellos, conversión que inició el problema converso. Todos los hebreos moradores en la «piel de toro» habrían seguido practicando íntegramente los ritos mosaicos. No habría existido la enemiga entre cristianos nuevos y cristianos viejos que presenció la España moderna. Ni en 1492 ni en ningún momento habrían sido expulsados los judíos. Habrían éstos seguido siendo usureros y recaudadores de impuestos sin inmiscuirse en las altas jerarquías del Gobierno del reino. Habrían seguido creciendo en número y en audacia. Habrían seguido acaparando la riqueza nacional sin favorecer ni mucho, ni poco, ni nada el desarrollo de la industria. Habrían seguido sus-

citando el odio de las masas. Y sus más claras mentes habrían seguido fieles a sus tradiciones literarias.

En mi sueño porteño, inspirado en el de Castro, tampoco se realizaba la conquista de Granada, ni la unidad nacional. Continuaba España fraccionada en cinco reinos: Castilla, la Corona aragonesa, Portugal, Navarra y el islamita granadino. Los moriscos no habrían sido obligados a convertirse en cristianos, ni habrían sido expulsados ante el temor de que su continuo crecimiento biológico llevase en derechura a convertirlos en mayoría en tierras de Valencia.

Mi pesadilla proseguía. En esa extraña España, soñada como foro luminoso de una patria nonnata por Américo, iba yo presenciando extrañas realidades. Se me esfumaban de la mente la empresa americana y las empresas europeas. No podía realizarlas una España fraccionada y con una población extraordinariamente numerosa de judíos y de moros. Presenciaba —torpe sueño— un desembarco turco en el levante hispano, apoyado no sólo desde África sino desde una Sicilia sojuzgada por la Sublime Puerta y favorecido por las archinumerosas masas moriscas de nuestro litoral mediterráneo. Veía a España vilipendiada en Occidente por su trágica división reinicida y por lo creciente de su población hebraica y musulim. Veía su desdeñoso arrinconamiento en la Península y la veía menospreciada y sometida.

Y en la pesadilla torturante, al contemplar a la grey mosaica aferrada a sus tradiciones y a su cultura, comprobaba que Rojas no había escrito *La Celestina*. Veía a Luis Vives en Valencia sin concebir un solo de los maravillosos pensamientos que ilustraron la cristiandad occidental. Me sorprendía ver desfilar por las calles de Toledo o de Avila a una buena moza hebrea llamada Teresa (?) entregada a las tareas propias de su sexo y sin soñar siquiera en platicar con el Crucificado. En la judería de Cuenca hallaba, sin relieve, a un hombre maduro que vivía sin pena ni gloria, sin pensar en componer místicas poesías castellanas. No encontraba en Mateo Alemán sino a un mozo de vida placentera. Y no hallaba en la grey hebraica los estudiosos que la honraron en la verdad de la historia.

Angustiado ante esa turbia imagen nocturna de una España fruto de las maravillas por Castro a la par ideadas y lloradas, tan distinta de la que tuvo por fortuna realidad, me desperté sobresaltado. Pero me tranquilicé rápidamente al comprobar en un vuelo de la imaginación y de la memoria que esa España anhelada por Castro, que esa España que Castro habría querido ver realizarse como luminosa proyección de su fantasmal simbiosis de cristianos, moros y judíos, que esa España por Castro apetecida no había sido sino la pesadilla de una húmeda, asfixiante noche canicular.

Que la vida histórica de mi patria se había desarrollado como consta que en verdad transcurre,

rió. Que se había realizado la unidad nacional y la expulsión de la Península de la judería y del Islam. Que nuestro medievo nos legó una España, que después de ser rodela y maestra de Occidente en la Edad Media, se convirtió en vanguardia de la cristiandad, aqueñe el mar en tierras de América, y en centinela de Europa en el Mediterráneo. Que con la expulsión de los moriscos se había evitado un peligroso entrevoro con los musulmanes de Oriente y de África —otro lejano entrevoro anterior había traído el Islam a España en 711.

Por fortuna España triunfó en Europa y ejerció en ella preponderancia durante más de un siglo —no han durado más las hegemonías de nuestros émulos—. Los españoles hicieron maravillas en las letras, las artes e incluso en las ciencias —aunque Castro lo niegue o lo ignore—. Y la unidad racial y espiritual de los habitantes en el solar patrio nos ha ahorrado gravísimos problemas sociales y políticos. Porque dado nuestro áspero milenarismo talante, no es difícil imaginar cómo habría sido la historia contemporánea de una España habitada por tres castas dispares y enemigas: cristianos, moros y judíos.

Y ya despierto, libre de la torpe pesadilla, lamentando, eso sí, las persecuciones de los hebreos españoles —he sido siempre un hombre tolerante y liberal y lo será hasta la muerte— pude contemplar algunos de sus frutos de bendición al ver hacer lo que hicieron algunos cristianos con abuelos judíos. A Rojas escribir *La Celestina*, a Vives sembrar a voleo ideas claves del pensamiento moderno, a Santa Teresa conversar con el Altísimo, a fray Luis escribir maravillas y a Mateo Alemán regalarnos con su novela picaresca. Me encantó ver a todos haciendo lo que nunca habrían hecho de haber seguido fieles a los ritos mosaicos, muy anclados en sus juderías ancestrales. Me encantó comprobar que habían colaborado a la lujuria de nuestras letras porque uno de sus remotos ascendientes había un día decidido convertirse al cristianismo y, quizá temblando, se había hecho bautizar. Para bien suyo y, pese a Castro, para bien de la vida histórica y de la vida intelectual de España.

Hace muchos años escribí un ensayo que titulé «El miedo en la historia». En él comprobé que el miedo ha sido a veces más fecundo en corolarios venturosos que el heroísmo. Nuestras madres nos traen al mundo con dolor. En la historia, las más de las veces, con dolor se han realizado grandes avances en la eterna navegación hacia el mañana del hombre y de los pueblos.

Soy un hombre de paz; me alejé de España por no participar en la tragedia de la guerra civil, pero sé muy bien que en el curso de la historia muchos saltos hacia la luz se han realizado sobre el fuego.

Claudio SANCHEZ ALBORNOZ

CARTAS DE LOS LECTORES

ENTRE EL RESPETO, EL DESENCANTO Y LA CLARIDAD

Señor Director: La Junta de Gobierno de la Universidad de Barcelona en su sesión del jueves día 3 de marzo, decidió exigirme una rectificación del texto de mi artículo «La Universidad ante las exigencias de una sociedad democrática», aparecido en «La Vanguardia» del mismo día. Concretamente del párrafo en que decía: «Recientemente, y sirva de ejemplo, los exámenes de C.O.U. de febrero se han verificado sin que el decano de Derecho, rector en funciones de la Universidad de Barcelona (Central), hubiese cumplido con su deber administrativo previo de nombrar los delegados de la Universidad que debían supervisarlos». No puedo ni debo realizar rectificación alguna, sino que, por el contrario, me ratifico en todos sus términos. Para mayor claridad debo argumentar lo siguiente:

1.º Los nombramientos de delegados del C.O.U. se realizan con la mención expresa de «hasta la terminación del actual curso académico». El curso académico de 1976-77 es un curso académico distinto del curso de 1975-76. Los exámenes de febrero de 1977 corresponden al curso 1976-77, puesto que los alumnos de C.O.U. han formalizado una nueva matrícula en el mes de septiembre de 1976. Los delegados de la Universidad para el C.O.U. en el curso 1976-77 no han sido nombrados.

2.º Los delegados de la Universidad para el C.O.U. nombrados para el curso 1975-76 por el rector Estapé, actuaron a requerimiento de los centros en los exámenes de febrero, con una disposición y espíritu de trabajo que les honra. Esta actuación generosa de las personas, sobre la que tantas veces descansaba la relativa eficacia de la enseñanza en nuestro país, debe destacarse, como disposición al trabajo sin remuneración prevista. Podía pensarse que este trabajo quedase incluido en los niveles de dedicación de las personas. Ello, aparte de ser discutible, no es ningún descargo para que no deba admitirse que se ha actuado con negligencia al no nombrar delegados para el curso 1976-77.

3.º La omisión del nombramiento de delegados es tanto más grave cuanto que sus atribuciones se extienden de derecho durante todo el curso escolar. «Los delegados se responsabilizarán de supervisar la correcta organización y desarrollo de las evaluaciones y de la homologación de las actas en los centros no estatales; para ello tendrán en cuenta además de los datos obtenidos en sus visitas a dichos centros y a través de la presi-

dencia de las sesiones de evaluación conjunta, los informes que reciban de los coordinadores de materias y de la Inspección». (orden Ministerial del 31 de diciembre, 1971, B.O.E. 24 enero 1972). Los coordinadores que se mencionan en esta orden tampoco se habían nombrado.

4.º No se acusa a la actual gestión del rectorado de cometer en este tema un nuevo tipo de acto de negligencia sino de persistir en una práctica viciosa que debía haber corregido, si se quería, en realidad, «tranquilizar a las familias barcelonesas». Estas continúan intranquilas, están intranquilos los centros de COU, y según parece, en lo sucesivo estaremos también intranquilos los que dispuestos a colaborar en la normalización de la vida académica, vemos que se interpreta como ofensa particular el libre ejercicio democrático de la crítica de la gestión.

Es evidente que si se me demuestra que fueron nombrados delegados para el C.O.U. en este curso 1976-77, rectificaría gustoso y respetuosamente los términos de mi escrito. Tanto más cuanto de hecho la persona del señor Jiménez de Parga resultaba para mí y otros muchos estudiantes demócratas catalanes de los años sesenta, una figura testimonial en nuestra lucha por la democracia. Tuve ocasión de tratarle en el año 1967 con motivo de la Reunión Europea de Pax Romana en Montserrat. Eran tiempos difíciles, Ruiz Jiménez era presidente internacional de Pax Romana y Ramón Fusté i Rabés (e.p.d.) presidente del Centre d'Estudis Francescs Eiximenis del que yo actuaba como secretario general. La preparación fue difícil, el Casal de Montserrat donde residía el centro de estudios citado, sección catalana del MIIC (Movimiento Internacional de Intelectuales Católicos), fue bárbaramente asaltado por un grupo de extrema derecha y tuvieron que trasladarse los materiales de preparación de la reunión a otro local. Las dificultades retrasaban la necesaria propaganda del acto y para subsanarlo acudí a visitar al doctor M. Jiménez de Parga, que favoreció todo lo necesario para la divulgación de la reunión en la prensa.

No puedo ocultar mi desencanto ante el hecho de que la persona que admiraba como demócrata, ahora soporte mal el ejercicio democrático de la crítica en la gestión. Jordi SALES I CODERCH

LOS DRAMATICOS RECUERDOS DE LA INFANCIA

Una vez más se halla sobre la mesa la polémica cuestión del divorcio. Uno de los argumentos que los detractores suelen esgrimir es los efectos nocivos

que la separación puede producir sobre los hijos. Permítame, señor Director, que exponga la experiencia personal de un hijo de padres desavenidos pero no divorciados.

Mi familia fue un infierno. Mis padres se equivocaron y ya hace tiempo que dejaron de quererse. En muchas ocasiones parecían odiarse. Las discusiones eran cotidianas, a veces alcanzaban extremos de gran violencia moral. Los hijos asistíamos impotentes a aquella hecatombe familiar y no es posible describir el impacto que producía en nuestras débiles personalidades el espectáculo de la falta de amor, de la violencia y acaso del odio entre nuestros padres. Cuando fuimos mayores a menudo nos veíamos obligados a participar en la discusión terciando a favor de uno y enemistándonos automáticamente con el otro.

Actualmente tengo 29 años y soy médico. El caos familiar terminó tristemente al morir uno de ellos tras larga enfermedad. Nunca podré saber hasta qué punto mi equilibrio emotivo se habrá dañado de un modo tal vez irreversible y cuáles son las consecuencias que mi personalidad habrá de acarrear el resto de mi vida.

A cuantos pretenden negar el «derecho» al divorcio quisiera recordarles que nadie puede obligar a divorciarse a quien no desea hacerlo. No pretendan en cambio impedir la única solución, aunque lamentablemente drástica, al caos de algunas familias desunidas. No hay nada peor que el mantenimiento a ultranza de una familia que ha fracasado en su objetivo primordial.

Si mis padres se hubieran separado probablemente mi vida no hubiera sido fácil y hubiera debido enfrentarme a numerosos problemas. Con todo, «nad», ocurra lo que ocurra, puede ser peor que lo que nosotros tuvimos que soportar.

CARTA DE UN MATRIMONIO MADURO A MIKI

Señor Director: En una entrevista en TV le han preguntado: ¿Qué es para ti el amor? Y ha contestado: «Algo que empieza a las doce de la noche y termina a las ocho de la mañana». Nos ha dado mucha pena. ¿Cómo puede ir por la vida con esta idea tan pobre, mezquina y mísera del amor? Tal vez no piensa realmente así y sólo es que ahora para «subir» tiene que tirar a matar contra todo lo superior... contra lo más valioso del hombre. ¿O acaso es que tiene miedo a la riqueza interior...? (me refiero, por su-

puesto, a los valores espirituales, que a la otra riqueza ya sabemos que nadie le tiene miedo).

O, simplemente, es miedo a manifestar estos valores públicamente, como si fueran un grave impedimento para prosperar...

Por si acaso lo ha dicho convencido, le invitamos a meditar un poco: No confundir el amor con la sexualidad... Puede haber mucho amor sin sexualidad y puede haber (lo hay, vaya si lo hay) mucha sexualidad sin amor.

Amor es, para nosotros (como decía aquella canción), algo maravilloso y lo único que puede dar sentido a la vida. Y le estamos hablando desde nuestros ya pasados 25 años de matrimonio feliz... 25 años de AMOR, así, con mayúsculas y en letras de oro si fuera posible. Amor que ha sabido y sabe de alegrías y, por supuesto, de sexualidad... pero amor que ha sabido y sabe, también, de penas, sacrificios, tentaciones, renunciaciones, perdones... de buscar el otro el bien del otro antes que el propio... en fin, de amor.

Lo que él ve (o por cobardía aparenta ver) con amor, con horario fijo como el comercio y que termina a las ocho de la mañana, generalmente está hecho de otros ingredientes: capricho, sensualidad, placer, debilidad, inconsciencia, deseo, pasión, instinto... y todo ello, generalmente sazonado con este condimento tan de moda: egoísmo.

Ya ve qué diferencia. La pena es que no se da cuenta el querido Miki que los que están en la cumbre de la fama son admirados y muchas veces imitados... grandísima responsabilidad la suya si su causa de escándalo y ayudan a deformar.

Perdónanos, Miki No es nuestro deseo molestarle. Nos encantan sus actuaciones y quizá por eso nos ha dado tanta pena verle opinar así, tan vulgarmente, sobre algo grande y maravilloso y que tanto está necesitando el mundo.

Luis y M.ª Luisa

UNA PREGUNTA POLITICA

Señor Director: Con ruego de publicar la presente, agradecería me informara, cualquier voz bien documentada, si en Italia y Alemania no están legalizados los partidos fascistas y nazi respectivamente (no neofascista ni neo-nazi ya que éstas son clasificaciones periodísticas) por ser partidos totalitarios éstos y como tales no tienen derecho a tomar parte en el juego democrático, o por algún otro motivo. Salvador PONS UBACH